

POBLACIÓN DE LOS OASIS RICOS Y DE LOS OASIS POBRES DE LA REGIÓN ÁRIDA ARGENTINA

El presente tema geográfico, que por serlo es esencialmente de síntesis, pretende mostrar, en grandes líneas, ciertos rasgos distintivos del Oeste argentino y poner a la luz la raigambre robusta por la cual los hechos del hombre se nutren en la realidad física, a veces enmascarada por la misma decisión humana. Lo presento ahora desprovisto de todo aparato erudito, como un adelanto parcial de un trabajo que abarca, en diversos escenarios naturales de la Argentina, el problema del poblamiento de las franjas marginales de las grandes regiones geográficas de nuestro país.

La región del Oeste argentino, es ámbito de las más grandes contradicciones, de luces radiantes y de sombras absolutas, en las cuales el hombre aparece como el término variable de la ecuación, por lo cual perdura en torno suyo el mayor equívoco, que permite toda la gama de las diagnósis. ¿Cómo explicar en términos rigurosos cuanto se ha dicho del poblador de las llamadas "provincias pobres"? ¿Y quién puede compaginar lo que el saber común ha acumulado a propósito de estas comarcas, en las cuales se confunden sin discriminación específica San Juan con Valle Fértil, Mendoza con Malargüe, Jáchal con Chilecito?

La preeminencia de las entidades ficticias, que son las provincias, sobre las figuras geográficas, carne viva de la Tierra, que son los oasis, es el meridiano cero de esos equívocos y

la utilidad conceptual y práctica de atribuir a cada núcleo de poblamiento su verdadera jerarquía, dentro del cuadro general de la sistemática geográfica, puede permitir la justa valoración de cada comarca, es decir la posibilidad de conocer a qué categoría de fenómeno geográfico pertenece, para comprender mejor su pasado y su presente y labrar con acierto su destino.

Si nos fuera dado dominar telescópicamente la región argentina del Oeste, de *desiertos* y oasis fluviales, no distinguiríamos a éstos sino como a una fina cimitarra verde de predios fértiles que corta la espaciosa soledad grisácea de las tierras de estepas. Pero desde que sólo los oasis cuentan como sede permanente del hombre, capaz de enraigarlo en la vida sedentaria y de dotarlo de las condiciones adecuadas para su ascensión en lo físico y en lo espiritual, el poblador de los mismos lleva adherida a su retina la imagen de sus campos en flor, que se superpone a la semblanza repulsiva de los suelos yermos y esqueléticos que envuelven al oasis; y termina por borrarla. Por su parte el observador foráneo tarda en descubrir el equívoco y suele no llegar a comprenderlo ¿Quién puede admitir de primera intención que la vehemente ciudad de Mendoza está plantada en medio del desierto más huraño de las planicies argentinas? El contraste entre las impresiones del ojo telescópico y las del nervio óptico que funciona dentro de su propio campo visual, es origen de una de esas desconcertantes confusiones que han restado claridad al panorama físico y antropogeográfico de gran parte de nuestro suelo nacional. Panorama de luces y de sombras, éste de los oasis y de las tierras grises en que se hallan embutidos. Ninguna comarca tan acogedora, ni ninguna tan mezquina; ninguna tan tiránica, ni tan liberal a la vez. Ninguna ata tan ceñidamente al hombre ni lo emancipa con tanta largueza, al que milita en la sociedad embrionaria como al que vive en la ultradesarrollada. Pero sólo cuando se ha descompuesto la armadura de este organismo coherente que es el *oasis fluvial* y el *desierto* que lo envuelve, se llega a columbrar de principio a fin el mecanismo de su vida singular; mas es indispensable mirarlo desde los dos enfoques que hemos supuesto.

Aproximadamente dos tercios del solar argentino, en términos generales, la parte que yace al poniente del meridiano de 64° Oeste, es tierra de desiertos y de oasis fluviales; las áreas del territorio arreico y endorreico suman de por sí casi un millón y medio de kilómetros cuadrados. Las condiciones geográficas que configuran este cuadro dependen fundamentalmente del clima árido; en el límite entre San Juan y Mendoza, la media anual de lluvia es una cifra inferior a los 100 milímetros; ocho meses en el año Buenos Aires tiene una normal mensual superior a tan bajo total anual. El cielo mezquina su riego a aquellas planicies occidentales del país y sólo cuando el relieve encrespado va en busca de las altas capas de la troposfera, se recogen las cantidades de agua necesaria para formar la arboladura caprichosa de las corrientes de montaña. El caudal de los ríos de esta región seca, desde Jujuy hasta Santa Cruz está en relación con el sutil requerimiento de las montañas y sierras y en razón directa a sus dimensiones; los ríos que se forman en las sierras bajas y de poca extensión son pobres y de curso efímero; ese escuálido caudal se pierde al pie de la misma sierra que lo engendró; en cambio, los que nutren sus raíces en las recias cordilleras coronadas con nieves persistentes, son más largos y de abultado caudal, pero tampoco logran incorporarse a la pendiente oceánica. No obstante esta importante analogía específica (porque los confunde el régimen endorreico) son substanciales las diferencias entre los ríos prohiados por las sierras y los que nacen al arrimo de las cordilleras con nieves persistentes; aquéllos engendran los oasis chicos y menguados, como imagen de los ríos sus progenitores; los otros dan vida a los grandes oasis, rebosantes y sanguíneos, como sus ríos padres. Frente a frente, los oasis pobres y los oasis ricos no parecen ser especies del mismo género, porque el "quantum" que meramente los jerarquiza, parece abrir entre ellos un abismo insalvable. Si nos ubicamos en el mismo oasis para escrutarlo, vamos a poner en un mundo distinto a Mendoza y a Valle Fértil, pero si volvemos a la idea de descomponer las piezas que forman este mecanismo, encontraremos que son exactamente las mismas: una cimitarra de predios fértiles, que corta, con la verde alameda que acompaña las acequias, a los yermos desiertos de jarillas y chañares. No es de extrañar pues, que el hombre tenga análogas reacciones en ambos

casos, sin perjuicio de que la economía por él creada, distancie largamente a los oasis ricos de los oasis pobres. Importa por ello hallar cuáles son las verdaderas diferencias geográficas entre unos y otros.

He empleado ya en otra oportunidad estas expresiones, con las cuales pretendo definir un rasgo complejo de la geografía de la región árida argentina. Los *oasis ricos* se forman por los ríos que nacen en la cordillera de los Andes desde San Juan hacia el Sur, precisamente en la zona más seca de la Argentina. Mendoza es la que ostenta mayor opulencia entre ellos y el del río Negro superior pertenece a la misma categoría de fenómenos, si bien no a la misma región geográfica. En idénticas condiciones se halla Tucumán, prendido de otro complejo geográfico individual, pero con los caracteres externos de un oasis rico. Los elementos constituyentes de un oasis pobre, ya lo hemos dicho, son comparables a los de sus congéneres: en vez de una cordillera, una sierra, y esta desigualdad entraña otras de capital importancia. Las sierras pampeanas, que son las del ámbito de los oasis pobres, poseen una peculiar estructura en bloques y surgen de las planicies que las envuelven, como una fragata de las aguas en que flota, vale decir que carecen por lo general de contrafuertes orográficos, al menos en la mayoría de los casos. Tales caracteres morfológicos asumen una importancia capital en el caso de estas sierras, porque de ellos deriva la atomización de las corrientes de agua formadas en lo alto de las mismas, que resbalando aisladas por los flancos de los bloques, no encuentran la oportunidad para confluir en un número reducido de ríos, como acontece con los ríos que forman los oasis ricos. Así vemos que mientras 230 kilómetros de cordillera nevada rezuman sus deshielos para formar un sólo oasis rico, el de San Juan, los 120 kilómetros lineales de la sierra de Famatina desprenden una veintena de arroyuelos y ríos, a que corresponden sendos oasis pobres, alguno más grande que los demás. El resultado es un desmenuzamiento de las posibilidades de instalación del hombre que linda con lo impalpable en muchos casos, en tanto que el número de los oasis verdaderamente importantes es reducidísimo. He pensado que, por su raíz natural, las expresiones de oasis ricos y oasis pobres es preferible a la de provincias ricas y

provincias pobres —o subvencionadas, como se dice ahora, con lo cual no queda en olvido la magnanimidad porteña—. Desde luego, hay oasis ricos y oasis pobres en una misma provincia, como ocurre en San Juan, donde se reúnen las cordilleras y sierras pampeanas y que tiene los de Jáchal y San Juan de la primera especie y los de Valle Fértil, que se alínean en la segunda.

Una singular oposición refleja en lo económico el diferente potencial de los oasis ricos y pobres. La necesidad de aprovechar los recursos de agua de los ríos ha dado nacimiento a diversas obras de regadío, que van desde el simple aderezo de canales —como ya lo hicieron en Mendoza los aborígenes— hasta los magníficos diques de embalses, que son obras de ingeniería de gran costo. En términos generales, donde mayor es el rendimiento de las sumas invertidas, es decir en los oasis ricos, las obras han sido las más sucintas y fueron costeadas por los mismos usuarios totalmente, o con la mínima contribución del erario público, que en tal caso ha sido el tesoro provincial. En los oasis pobres de Catamarca, La Rioja, parte occidental de Córdoba y San Luis, ha debido esperarse, para que se llegara a un aprovechamiento intensivo del agua de los ríos, el aporte de la acción oficial, que no pudo venir sino del gobierno federal, con grandes costos y aparatoso despliegue técnico. Así surgieron, en los oasis pobres, con muy baja recompensa económica, los mejores diques que posee el país en la actualidad, como son los diques de Anzulón, de los Sauces, el del Potrero de los Funes y se da en definitiva el contrasentido de que las más ricas zonas de regadío y las que cuentan con la mayor extensión bajo riego, como es el oasis rico de Mendoza, no hay otras obras que algunas presas de derivación, que por lo demás no presentan sino una mínima proporción con respecto al complejo sistema arterial de sus canales: así pues, en los cuatro grandes ríos de la provincia, de ochenta y ocho canales derivados, sólo cinco tienen presa. En cambio, los oasis pobres se ven ante la necesidad imperiosa de captar al máximo posible el caudal de sus ríos e incluso codician el evasivo pleamar de las crecientes y por ello se han construído esos gigantescos diques, sobre ríos de módica corriente normal, con destino a las crecientes episódicas que a veces se hacen esperar años. El dique de los

Sauces tardó un lustro en llenarse. Comparando los oasis ricos y los pobres se echa de ver que la eficacia de las obras a ellos aparejadas y el balance de los resultados han quedado en razón inversa a las sumas invertidas en unos y otros y a la magnitud de los trabajos efectuados. Este otro contraste no es de menor trascendencia que los registrados en lo puramente físico.

El mundo anímico del habitante de un oasis, suele estar en razón inversa con las dimensiones del mismo. Los oasis más grandes suelen tener una complexión tan robusta que pueden parecer regiones de clima húmedo, excepto para el ojo telescópico. En cambio, el poblador del oasis pobre tiene ante sí, en todo instante de su vida, la visión miseranda del desierto. Es éste el segundo plano de todos sus horizontes; su desamparo es el freno de todas sus expansiones; su asedio implacable rige el retaceo de todos sus bienes. El poblador de los oasis pobres es en consecuencia un indigente sin mezquindad; medra en un ínfimo marco de tierra humedecida por un hilito de agua que es toda su solvencia, pero domina un mundo espiritual indelimitado. Su pericia en lo técnico huele a arcaico, pero su comprensión es enorme. Si las contingencias de la vida lo arrancan de su ambiente —y esto ocurre asaz a menudo— es siempre un inadaptado en tierras extrañas —pues no está hecho de maleable arcilla— y retorna alguna vez al lugar de donde sus pensamientos y su tesitura moral no se han apartado. Su curiosidad por las cosas de la Naturaleza marcha a la par de la que guarda por los problemas humanos; las genealogías ocupan un dilecto lugar en sus preocupaciones, pues la acendrada vida familiar, el arraigo prolongado al solar y la numerosa ancianidad lúcida son el rescoldo en el cual se acogen el recuerdo de viejos linajes; el lenguaje y la vida religiosa de los pobladores de los pequeños oasis —adonde no ha llegado el alud inmigratorio que enfrió, a veces hasta la congelación, a las viejas tradiciones nacionales— conservan por su parte una deliciosa frescura del setecientos. La vocación litúrgica de los vallistas ha sido suficiente como para que puedan absorber los cultos indígena y cristiano. Las congregaciones atraen a la unanimidad de la población y la indiferencia religiosa no ha cundido, incompatible, al parecer, con una naturaleza vigorosa, activa y omnipresente. En la

mente del poblador de los oasis el fenómeno religioso forma parte de la propia existencia.

La vida en el oasis lleva en sí el fermento propulsor del espíritu de sociedad y de cooperación. Ya lo advertía Ratzel cuando decía: "así como la vida en la estepa es propensa al individualismo y el desierto convida a la independencia, la vida en los oasis no puede desarrollarse fuera del marco de la más estricta cooperación. El regadío es la gran escuela de sociabilidad y nadie puede desentenderse de él; con su implantación nacen las primeras manifestaciones de gobierno propio y las abigarradas formas de la legislación de riego tienen un valor local absolutamente inintercambiable". El oasis es una verdadera colmena humana, en el sentido de que en él es inevitable el trabajo en común.

La población de los oasis está siempre concentrada, al contrario de lo que ocurre en las estepas o en los países húmedos, donde tiende a expandirse, y —como los gases— ocupa todo el ámbito del recipiente a la vez que adquiere la forma del mismo. En el oasis la expansión no existe en realidad, pues está condicionada por la remota posibilidad de extender el regadío en lo que atañe a cantidad de aguas disponibles y por las condiciones de ubicación adecuada en cuanto a calidad de suelos y de pendiente que permita la circulación del agua. Esto último es causa de que los oasis pequeños se encuentren siempre embutidos en los faldeos de las sierras y que los oasis grandes se levanten en el promediar del viaje descendente de los grandes conoides de deyección, donde terminan los rodados gruesos y comienzan los limos en que pueden arraigar los cultivos y plantíos. Como la morfología de la región pedemontana de las cordilleras tiene una estructura más compleja, las condiciones topográficas de ubicación de los oasis respectivos son también más complicados. A ello es debido, en el caso de Mendoza, por ejemplo, que en medio de un oasis que por su dimensión es capaz de borrar en un gran perímetro la semblanza del desierto subyacente, aparezcan aquí y allá los manchones de pedregales. En todo caso, el poblador del oasis domina siempre al desierto con la vista y contempla, desde el átomo de tierra útil que cultiva, una inmensidad de desierto inútil.

Los métodos de trabajo y la técnica agrícola del poblador

de los oasis conjugan con su vieja adherencia a la tierra; y salvo el caso de los oasis que prosperaron económicamente en los últimos decenios, han quedado por ello mismo, fuera de época. Ese labrador, constreñido por muy firmes compulsiones naturales a trabajar sobre carriles inamovibles, no ha podido renovar sus herramientas de labor y usa todavía armatostes arcaicos para sus labores agrícolas y utensilios primitivos para sus industrias, como son sus telares. Por esto lo han vencido las nuevas técnicas de cultivo y de industrialización implantadas para productos similares a los suyos en las regiones más ricas; en esta puja se diferencian profundamente los oasis ricos y los pobres, así como cuanto atañe a la lucha contra las plagas de la agricultura; los oasis pobres están retrasados cincuenta años en el almanaque.

Así pues, a pesar de disponer de una fuerza hidráulica que, aunque atomizada en numerosas pequeñas corrientes representa un valor de gran estima, no ha podido planear, el poblador de los oasis pobres, el aprovechamiento integral de tan maravillosa riqueza, que podría ponerlo, por un solo golpe de magia en pleno siglo XX. Y quienes han estado en condiciones de encarar esta gran obra de salud nacional, tampoco lo han hecho. Las proyecciones que sobre las industrias rústicas podría adquirir esta obra son incalculables; la industria de los oasis pobres tiene dos aspectos: el que deriva de su agricultura y el que proviene de que en ellos hay una larga época agrícola muerta, que el poblador aprovecha para hacerse pastor, para emigrar temporariamente a otras regiones de agricultura especializada o para hacerse artesano: tejedor, metalario, etc. Esta faceta de su actividad quedó tan rezagada, por razones muy complejas, que ha desaparecido casi completamente y como la industria derivada de la agricultura también anduvo harto lentamente en su evolución, en realidad no le ha quedado como medio de vida a ese antes próspero labriego, sino su agricultura desnuda y su esfuerzo de peón transhumante.

Nunca estuvo plenamente en su mano remediar su decadencia. Un apretado haz de factores adversos conspiró en su contra; uno de ellos, de aplastante ponderación, es el régimen vetusto de propiedad colectiva y en cuanto a la propiedad "liquidada", es decir, individual, la aqueja el cáncer del

minifundio. En Chilecito y en el Valle Viejo de Catamarca, la subdivisión de la propiedad ha alcanzado la línea roja de peligro, bien entendido que me refiero a la propiedad de la tierra con derecho a riego, que es la única que cuenta para el poblamiento. Ya se está en condiciones de atomización en que el trabajo es antieconómico y como el proceso de subdivisión no se detiene —como en aquella fatídica enfermedad mencionada— por razones demográficas, no se ve que la colectividad pueda subsistir si no es a expensas del progresivo aniquilamiento individual. En todo Chilecito hay siete veces más propietarios en la superficie de riego empadronada que en el Departamento de Godoy Cruz y tantos como en el de Luján de Cuyo, que representan un potencial productor infinitamente superior y en cuanto al oasis de La Rioja, que es el más próspero de la provincia de ese nombre, baste decir que su área irrigada no alcanza a 1350 hectáreas.

El empobrecimiento individual en lo físico es el resultado de tales condiciones y parece ser general en los oasis pobres. El *Instituto Técnico de Investigaciones y Orientación Económica de la Producción de la Provincia de Mendoza* ha calculado el índice de capacidad económica por habitante de la Argentina y partiendo del número mil, como base, que corresponde al habitante del Gran Buenos Aires —exponente de la solvencia de la región húmeda de la Argentina— atribuye un índice de 615 para el poblador de Mendoza, término medio, que podemos tener como característico de los oasis ricos, y de 121 y 95 para La Rioja y Catamarca respectivamente, que podemos tener como coeficiente de los oasis pobres. Con ser asombrosa esta diferencia, hay razones para suponer que en la realidad ella debe ser mayor, pero de cualquier manera éste y otros índices no menos significativos señalan ya la decadencia de una estirpe de recios luchadores y es prudente admitir que sólo un providencial “da capo tutto” puede detener este proceso avanzado, comparable al que ha llevado a muchos pueblos robustos al aniquilamiento total. En muchos de los oasis pobres se puede advertir la merma paulatina de población, indicada no sólo por las referencias históricas que es fácil lograr, sino también por el testimonio mudo de las muchas casas solariegas abandonadas; en muchos de ellos no se ven sino niños y ancianos, pues los adultos emigran, y Buenos Aires se ha convertido en la Meca de

todas las muchachas de aquellas zonas, que sin gran provecho moral van a conchavarse a la gran ciudad.

Los oasis grandes y ricos pudieron, en el momento oportuno de la evolución económica argentina, extender sus cultivos y plantíos gracias a la abultada provisión de agua de que disponen. Cuando las condiciones generales lo hicieron propicio, Mendoza pudo convertirse en proveedora nacional de sus exquisitos frutos y su expansión todavía no está terminada. El núcleo de población es compacto y la base de sustentación económica se ha ampliado de tal suerte, que en mucho se asemeja a las regiones húmedas; pero en definitiva es también un oasis y los atributos positivos del poblamiento son análogos a los que caracterizan a los habitantes de los oasis pobres, aunque el trabajo del hombre ha empujado al desierto hacia afuera y lo ha alejado de los ojos. En realidad la ciudad nunca puede borrar completamente, ni en su parte más céntrica, algunas pruebas de su sustento rural. Es justamente esa compenetración del ambiente urbano y de la preocupación rural, lo que da al poblador de los oasis ricos y al habitante de los coágulos urbanos que en aquéllos se forman, una semblanza absolutamente propia; nada tiene de común con el habitante de los núcleos urbanos de la llanura húmeda, aún de los más pequeños, que no guardan con el campo más que ligazones indirectas. Aquél en cambio conserva los atributos positivos del poblador de los oasis, en cuanto a riqueza y profundidad espirituales, pero como no está jaqueado por la estrechez, es emprendedor, dinámico, de genio jocundo, es decir, el reverso de aquel rutinario labriego ahogado por el minifundio y las plagas. Posee la prestancia que discernen la holgura económica y su mente es capaz de concepciones audaces.

FEDERICO A. DAUS